

EL POPULAR

DIARIO INDEPENDIENTE

POLÍTICO, LITERARIO Y DE NOTICIAS DE INTERES GENERAL.

BASES DE LA PUBLICACION.
El POPULAR es diario, conteniendo tanta lectura como los periódicos de mayor tamaño.
La Redaccion y oficinas se hallan establecidas en Madrid, calle del Prado, 45, bajo derecha.
No se responde de las cartas que contengan sellos y no vayan certificadas.—Se admiten anuncios a precios convencionales.
El POPULAR no responde de las comunicaciones que no se dirijan a su Redaccion.

LAS PERSONAS QUE TENGAN NECESIDAD DE TRATAR ASUNTOS DE INTERES CON LA EMPRESA DE ESTE PERIÓDICO, SE ENTENDERÁN CON EL DIRECTOR ECONÓMICO D. MIGUEL P. GARCÍA, A QUIEN DIRIGIRÁN LA CORRESPONDENCIA

Año IV.—Núm. 915

Madrid.—Martes 4 de Junio de 1872.

Edicion de Madrid.

¡COMO SIEMPRE!

El Comité nacional de tenedores de Deuda Española se ha reunido ayer, según dicen algunos colegas, y ha nombrado una junta directiva, compuesta de los señores siguientes:

Presidente.

Excmo. señor marqués de Manzanedo.

Vicepresidentes.

D. Manuel María Alvarez.

D. Santos Arenzana.

Vocales.

D. Juan de las Bárcenas.

D. Benito Pindado.

D. José Pastor.

D. Antonio Guillermo Moreno.

Sres. Miquelorena hermanos.

D. Vicente Baura.

D. Ricardo de la Cámara.

D. Evaristo Armus.

Esta junta se propone defender los intereses de los rentistas españoles, y a efecto ha pedido ya una audiencia al señor ministro de Hacienda, para discutir con él los proyectos de su antecesor el Sr. Camacho, algunos de los cuales creen aquellos que establecen un privilegio de bastante trascendencia en favor de los tenedores de la Deuda exterior española.

La reducción que el Sr. Camacho introdujo en los intereses de la Deuda interior, no puede menos de perjudicar a nuestros rentistas, porque se les hace de peor condición que a los rentistas extranjeros. Bajo este punto de vista, sus reclamaciones son justas, porque no hay principio de justicia ni razón de equidad que aconsejen lo contrario.

Nosotros hemos dicho, al escribir recientemente sobre los planes rentísticos presentados por el Sr. Camacho a las Cortes, que sólo se favorece en ellos a determinados intereses, desatendiendo los demás y menospreciando a otros intereses, que, por ser la base y fuente de la riqueza pública, han debido ponerse por encima de toda consideración política y económica. El Gobierno, para proceder como procedió el gabinete Sagasta, y como tenemos que procederá éste haciendo suyos los planes de aquel, sólo ha tenido presente una mira: el Gobierno se ha propuesto no disgustar a los prestamistas extranjeros, y a fin de tenerlos siempre de su parte, a fin de contentar a determinados banqueros de Londres y de París, que le suelen sacar de apuros con grave perjuicio y con escasa honra para el Tesoro de España, se ha negado a poner la mano sobre la Deuda exterior, mientras que ha dado taje y mandobles sobre lo interior y sobre la riqueza pública del país.

Si hubiéramos de discutir hoy este asunto conforme a los buenos principios económicos, no diríamos que los rentistas españoles debían pedir favor al Gobierno, sino que éste debía colocar en iguales condiciones a toda la Deuda, y que toda la Deuda—la de dentro como la de fuera—debía contribuir a la manera y en proporción que otros intereses, igualmente sagrados y respetables, contribuyen para sostener las cargas del Estado. No cabe en ninguna inteligencia vulgar, no puede comprender ninguna conciencia medianamente recta, no acierta a explicar nadie, que toda la propiedad y todas las industrias y toda la actividad

moral y material de un pueblo contribuyan, que todas paguen su contribución, que no se libre ni el vendedor de fósforos como industrial, ni el miserable albañil que consume una libra de pan y un cuarteron de queso, que estén todos los intereses dentro de esa enorme red llamada impuestos, y que los rentistas no paguen contribución, y que esa contribución no sea mayor que la de los propietarios y de los industriales.

¿Tiene alguna contingencia el rentista? Sus semestres se los paga el Gobierno. Si cien reales de capital le producen tres reales hoy, tres reales le producirán mañana, y pasado mañana, y otro día y siempre; pero el propietario, el labrador que paga veinte duros de contribución por sus tierras, y el industrial que contribuye con otros veinte duros por las harinas, ó estameñas, ó percales que fabrica, esos se encuentran con un año más, y entonces, cuando en vez de ganar pierden, pagan también su contribución, como si nada malo les hubiera ocurrido. ¿Cuántas veces se queda sin cosecha el labrador! ¿Cuántas veces, comprando caras las primeras materias, vende barato el fabricante! ¿Quién les indemniza entonces? Nadie: se les venden sus tierras y sus fábricas si no pagan oportunamente; se les envían comisionados de apremio; se les trata como si fueran parias, mientras que los rentistas no corren riesgo alguno, mientras que ni siquiera se molestan en administrar su fortuna, porque se la guarda en sus arcas el Gobierno. Es menester que venga una calamidad pública, y que se haga una ley, para alear a aquellos el pago de su contribución. Estos, los rentistas, están asegurados de riesgos.

No defenderíamos, pues, en principio, las reclamaciones de los rentistas; pero hacen bien, tienen razón que les sobra en pedir que se equipare a todos, que no se establezcan privilegios, que contribuyan lo mismo los tenedores de Deuda interior que los de la exterior ó extranjera.

La actitud de aquellos, y la Comisión ó junta directiva que han nombrado ayer, nos lleva a otro terreno.

¿Qué hacen los representantes de los demás intereses de España?

¿Qué hacen los propietarios dejándose arrastrar siempre por otros intereses que dependen de los suyos, porque los suyos son la base y el fundamento de todos los demás?

¡Como siempre!—hemos dicho al comenzar, y como siempre! repetimos ahora.

Se discurren impuestos nuevos sobre la propiedad, se establecen sobre las sucesiones directas, se fijan sobre los préstamos hipotecarios—única esperanza de la agricultura—se paga el 20 por 100 de territorial en un pueblo, el 25 en otro, el 30 en el de más allá, porque no hay base, porque no hay catastro, porque hay caciques que ocultan y pobres diablos que pagan estas ocultaciones, debidas al pandillaje político, y los propietarios enmudecen, se cruzan de brazos, bajan la cabeza y nadie se acuerda de que por este camino es inevitable la ruina del país.

¿Qué hacen los propietarios ahora? ¿Creen que los planes del Sr. Camacho no son fatales, fatalísimos para ellos? Se engañan lastimosamente. ¿Creen que las Cortes los modificarán? Se en-

gañan también. ¡Las Cortes! Tienen bastante que hacer con ver si el señor Ruiz Zorrilla se va a Tablada, ó si el Sr. Sagasta recobra el mando, ó si el duque de la Torre hace una situación genuina. Pero tratándose de presupuestos, tratándose de la única cuestión grave y seria que interesa a esta pobre nación, entonces falta tiempo para todo, y lleguen a última hora las autorizaciones, y se cobren los impuestos sin ser discutidos.

¿Qué hacen los propietarios? Vuelvan en sí; se lo rogamus por ellos, por los intereses generales, por la salvación de la patria. Examinen los presupuestos en la parte que les toca, y reclamen pronto contra los planes del señor Camacho, que más, mucho más deben pedir ellos que los tenedores de la Deuda, porque ellos, como representantes de la riqueza pública, son los que verdaderamente han sido puestos ante otros intereses menos sagrados, menos grandes y menos respetables.

No estamos conformes, ni podemos estarlo con el sistema que sigue el Gobierno respecto de las noticias carlistas que, más ó menos fundadas, recibe de las provincias.

No comprendemos ese empeño en desfigurar los hechos, en alterar las noticias y en no publicarlas con toda la exactitud de datos y detalles que las mismas contienen. ¿Qué objeto se propone el Gobierno con guardar ese silencio que nosotros calificamos desde luego de fatal? No lo alcanzamos, porque precisamente surte un efecto enteramente contrario, al que aquel se propone. Allí donde el Gobierno se calla, el público ve un misterio; donde se altera la exactitud de una noticia, se la dan proporciones que, realmente no tiene; y al suceso más leve, pero que aparezca con la más insignificante contradicción, se le reviste de una importancia que está muy lejos de merecer.

Todo esto, como hemos dicho tantas veces, redundará en desprestigio del Gobierno porque da lugar a que se le considere sin fuerza bastante, y hasta impotente, para vencer a sus enemigos; contribuye a mantener en los ánimos cierta alarma é inquietud que debilita la confianza que naturalmente debe tenerse en la causa del orden público, y últimamente, perjudica también notablemente a los intereses generales del país por el retraimiento de los capitales, y la consiguiente paralización y escasez de las obras.

Y no están destituidas de fundamento nuestras anteriores observaciones, porque después de haber condenado la inexactitud con que se da publicidad a las noticias, y lo contradictorio que estas resultan, las más veces, por causa de esa misma inexactitud, nuevamente las encontramos hoy en términos semejantes, y nuevamente nos vemos obligados a condenarlas.

Ayer tarde dijo el Sr. Ulloa, ministro de Estado, «que hasta las partidas de Valencia han desaparecido.» Y sin embargo, La Correspondencia de España publica la siguiente noticia:

«Tenemos otra vez en armas en la provincia de Valencia a los carlistas, etcétera.»

La voz autorizada de un individuo del Gabinete nos merece el mayor crédito; pero cuando nos encontramos con un sueldo que publicamos en el

ta no desmentida oficialmente, entre lo que asegura un Ministro, y lo que dice un periódico semi oficial, hay cuando menos, derecho para dudar.

Pero aún hay más: el mismo periódico de quien tomamos la anterior noticia, dice en su número de anoche: «El capitán general de Cataluña ha sido autorizado para disponer la movilización de voluntarios. Las cuatro compañías del batallón tiradores de Madrid, han recibido orden de estar preparados para salir a Cataluña.»

Las anteriores disposiciones son una prueba evidente de que algo debe ocurrir en dicho país, cuando da lugar a que se proceda de este modo; y sin embargo la Gaceta de hoy en el parte oficial se limita a hablar de las Provincias Vascongadas y Navarra, Burgos y Castilla la Nueva; no hace mención de Cataluña, y concluye diciendo: «En el resto de la Península se disfruta de completa tranquilidad.»

Como se ve, la contradicción en las anteriores noticias, no puede ser más palpable, y por lo tanto, nos veremos obligados una vez más a condenar ese fatal sistema de reserva por perjudicial, y porque viene a dar más fuerza al descrédito en que el Gobierno incurrió cuando los hechos, que no pueden ocultarse fácilmente, vienen a demostrar lo contrario de lo que aquel asegura.

Porque la cuestión no estriba solamente en que se guarde reserva acerca de ciertos sucesos de alguna importancia, sino en no desmentir oficialmente aquellos que, por el efecto que pudieran causar en la opinión, aunque realmente no existan, requieran esa medida.

Creámos el Gobierno, es preferible decir la verdad sin andar con reservas ni alteraciones, porque, si al fin y al cabo ha de saberlo todo el país, ¿a qué ocultarle nada?

Por fin parece que las obras del ferrocarril del Noroeste, van a recibir un notable impulso de actividad é instancia de los diputados y senadores gallegos, asturianos y leoneses, a cuyo efecto han celebrado una reunión numerosa.

En ella presentó el Sr. Linares un proyecto de ley, sobre dicho ferrocarril, y acto continuo se nombró una junta para que emita su opinión acerca del mismo proyecto.

Dada la conveniencia de terminar pronto ese ferrocarril, que tantos beneficios ha de proporcionar a las provincias por donde atraviesa, poniéndolas en comunicación más fácil y directa con el resto de España, cúmplenos excitar el celo de la junta nombrada, para que no demore mucho tiempo el emitir dictamen, y a todos los diputados, senadores y cuantas personas se hallen interesadas, el que procuren remover y allanar cuantos obstáculos han venido hasta aquí, interrumpiendo las obras unas veces y paralizándolas completamente otras.

Activar en lo posible las obras a fin de dar por terminada brevemente esa línea, es lo que importa.

De este modo, concluirá la historia célebre de ese ferrocarril y renacerá la esperanza en los mismos gallegos, asturianos y leoneses, que desconfían mucho de verle terminado.

En un sueldo que publicamos en el

número de ayer de El Popular, decíamos lo siguiente:

Una de las personas más caracterizadas de la situación actual ha dicho que con el tiempo, pero no tardando mucho el partido radical se fusionará en el federal.

Nuestro estimado colega La Nación se hace cargo del anterior sueldo y dice:

«Puede apenas es estúpida la especie! No sabemos qué persona caracterizada puede haber sido esa a que se refiere El Popular, pero desde luego podemos asegurarle que no sirve para profeta. Ya se ve, habrá dicho aquel caballero, ó gordas ó no darías.»

Por nuestra parte sólo tenemos que añadir que, aunque conocemos y tratamos a la persona a quien nos referimos en el sueldo en cuestión, no estamos autorizados para revelar su nombre, y por lo tanto, nos hemos limitado a dar la noticia, sin comentarios, sin manifestar nuestra opinión y sin tratar de penetrar el fondo de verdad ó inexactitud que aquella pueda contener.

En la proposición de no «hacer lugar a deliberar» que se leyó en la sesión de ayer del Congreso, se abstuvieron de votar muchos diputados de la oposición.

Hablando el jefe carlista Rada, de la junta de San Juan de Luz, dice: «que los que la componen podrán ser todos menos caballeros y honrados.»

El Gobierno francés, según se asegura, ha dado a España las satisfacciones pedidas, por el insulto hecho a nuestro pabellón en San Juan de Luz.

Las armas españolas serán colocadas con gran solemnidad, por la autoridad a la puerta de nuestro vice-consulado.

Parece que ha sido cogido en Bayona el canónigo Manterola, disfrazado con blusa y alpargatas. Se añade, también que es una de las pocas personas que conocen el paradero de don Carlos.

Una carta fechada el 31 en Bayona, y publicada por un periódico, da cuenta del siguiente escandaloso atentado:

«Un hecho muy grave y de grandes consecuencias ha tenido anteayer lugar en San Juan de Luz.

Las armas de España han sido arrancadas durante la noche de la puerta de la casa del vice-consul, y el escudo fué encontrado en un basurero y lleno de inmundicia. ¿Quiénes son los autores de este atentado? ¿Son españoles? Esto no puede concebirse, por más que la pasión política ciega a los hombres en ciertos momentos. ¿Son franceses? ¿Qué interés podían tener en ello? Sea como quiera, el hecho tiene una gravedad inmensa. El consul de este punto ha protestado energicamente, y, según se dice, el Gobierno español reclama una pronta reparación de un suceso que sólo se concibe ante las murallas de Ceuta.»

Se asegura que dentro de muy breves días, se presentará en el ministerio de la Guerra, la propuesta de recompensas para los jefes y oficiales del ejército que más se hayan distinguido en la guerra contra los carlistas.

Es necesario acoger con alguna reserva la noticia que circula relativa a haber presentado la dimisión el general Valmaseda, y designándose para sustituirle al Director de la Guardia civil, Sr. Serrano Bedoya.

Según el lenguaje de la prensa ministerial y el de la oposición hay fundados motivos para creer, que, después de haber pasado el suceso del día, que era las explicaciones del general Serrano en las Cortes, las sesiones de éstas han de ser del mayor interés, por las cuestiones, hasta cierto punto delicadas, que han de suscitarse.

Se ha publicado un folleto de don Eustaquio Díaz de Rada, jefe de la primera y más importante partida carlista que entró en España, en cuyo folleto se sincera aquel de la acusación de traidor que sus correligionarios le han dirigido.

Como la sesión del Congreso tuvo ayer tanta importancia, y hemos creído que debíamos darla con la mayor extensión posible, nos falta hoy espacio para reproducir dicho folleto, ó al menos lo más interesante de él. Mañana lo haremos, ya que, en el presente número no haya posibilidad de publicar éste y otros varios materiales.

LEVANTAMIENTO CARLISTA.

La Gaceta de hoy publica el siguiente extracto de los despachos telegráficos recibidos en este Ministerio hasta la madrugada de hoy acerca del movimiento carlista.

Provincias Vascongadas y Navarra.—El General en jefe salió ayer mañana de Alsasua para entrar en Navarra por el puerto de Olazagotia, mientras la brigada Primo de Rivera lo hace por el de Lizarraga siguiendo la facción Carasa. El Capitán general del distrito se hallaba en Santa Cruz de Campezu en observación de la mencionada facción.

Los 53 prisioneros hechos por el batallón cazadores de Barbastro entraron ayer en Vitoria.

Burgos.—Siguen las presentaciones a indulto, habiéndolo verificado ayer 19 individuos.

Castilla la Nueva. La facción Bermudez se ha dividido, yéndose la mayor parte con éste y demás jefes a la provincia de Toledo, y quedando el resto en la de Ciudad Real.

En el resto de la Península se disfruta de completa tranquilidad.

La Reconquista.

Una persona, para nosotros respetable, y que nos merece entero crédito, nos dice hoy en una nota:

«Si exagero quien les dijo a VV. que formaban en junto dos mil hombres las partidas de Asturias, tampoco ha sido exacto el que les escribe reduciendo esas fuerzas a dos grupos de 40 y 80 hombres. Las partidas en Asturias son tres, que componen más de trescientos hombres, los cuales son completamente dueños de la parte oriental de la provincia.

Acaso no tardan en aparecer otras, a lo cual contribuirán no poco los triunfos que han obtenido las actuales en estos días. En Cabanquinta y en Choreda, el valeroso Faes hizo huir a la Guardia civil con algunos heridos. Pocos días hace, el mismo jefe sorprendió al juzgado de Laviana, que se trasladaba a Sama de Langreo, y desarmó a la escolta que llevaba. Aldia siguiente, el mismo Faes cayó sobre Nava y hizo que se rindieran 14 guardias civiles que allí había, diciéndoles: Vayan VV. a Oviedo por armas, porque las necesito».

Todo esto es verdad, como es verdad que un soldado de los de Faes se encontró un reloj en uno de estos choques, y fue a entregárselo a una persona conocida del pueblo inmediato para que a su vez lo entregase al dueño.

—Tenemos a la vista carta que nos dirige desde Valencia una persona respetable, dándonos noticias de alguna gravedad respecto a orden público en aquella provincia.

De la capital se habían reclamado fuerzas con gran premura para los puntos en que presentaba el alzamiento proporciones más alarmantes.

Las partidas que por su número y organización inspiraban más serios temores a las autoridades eran tres, una de ellas dirigida por el distinguido coronel de artillería, Sr. Dorregaray, que hasta ahora parece ser el jefe del movimiento en aquella provincia, y que víctima de un engaño y una traición la última vez que salió al campo, es de su oír que haya aprendido mucho de las lecciones de la experiencia.

Lo que más llama la atención es la simultaneidad del alzamiento de Valencia con la entrada de Tristán en Cataluña.

La Esperanza.

Según noticias verbales que acabamos de recibir de persona, al parecer bien informada, el comandante carlista Sierra, de que tanto ha hablado la prensa francesa, no se ha presentado, y fusiló a Arganzoniz.

En una carta se nos dice que los mozos todos de Escoriaza y Arechavaleta han vuelto ya a las filas, después de haber es-

tado tres ó cuatro días en dichos pueblos, y que no se han entregado más que unos 300 fusiles, la mayor parte inservibles.

Es cierto que en el encuentro de la columna mandada por el Sr. Parreño con una partida carlista en Burgos, puso esta bandera blanca de parlamento, y como aquella se acercase con las culatas de los fusiles levantadas, los carlistas creyeron que le admitía y la esperaron a pie firme, recibiendo en pago de su buena fe una descarga a boca de jarro? Desearíamos que se dieran explicaciones sobre este hecho, para que el nombre del Sr. Parreño quedara en el mejor lugar, ya que en Burgos le tiene ó tenía de amigo del orden, etc., etc.

El Universal.

«El general en jefe del Norte, Sr. Echagüe, así como el brigadier Primo de Rivera con las fuerzas de su mando, han pasado hoy a Navarra en persecución de las facciones que allí toman nuevo aliento.»

El Norte.

«Parece que el cabecilla Ulibarri, al morir, ha dedicado un recuerdo al duque de la Torre por la conducta prudente y acertada con que ha puesto fin a la guerra.»

El Irurac-bak.

«Por las Escartaciones vaga solo ó acompañado, un individuo que después de acogido al indulto ha vuelto al monte, y cuyo nombre no recordamos. Ha dado varios sustos y cometido más de un desmán: días pasados quiso apoderarse del caballo que conducía un mayoral y resistiéndose éste le hizo fuego el faccioso, hiriesele en una pierna.»

—Una de estas últimas noches ha sido asaltada la casa consistorial de Sopuerta, llevándose los autores del atentado varias armas que allí habían entregado varios presentados y algunos diligencias criminales que en el juzgado municipal se habían instruido.

—La facción de Velasco y Cubillas se dividió al aproximarse el viernes por la tarde las fuerzas del general Lesca, y se hallaban ayer mañana en Uza y en la Peña Vieja, en número de 2.500 hombres.

—El Sr. Cuevillas se embarcó anteayer en Portugalete con dirección a Bayona.

—El marqués de Valdespina que se resistía a la rendición, ha abandonado el campo y se encuentra ya en Francia, según se nos asegura.

Le han seguido algunos otros de los principales jefes de la insurrección.

—En la vía férrea han causado los facciosos muchos daños, nada más que por el deseo de destruir. Además de los puentes derribados y quemados, han causado destrozos en las estaciones y casetas de los guardas.

El Diario de Reus.

«Anteayer al pasar el tren de Barcelona por la estación del Vendrell, cuatro carlistas con trabucos y bolinas hicieron bajar a los pasajeros, encontrándose entre ellos un capitán de infantería al que hicieron seguir, presentándolo al jefe de la partida carlista que es un tal Quico. Al marchar el tren volvió a subir dicho militar junto con los demás pasajeros, sin haber sido insultados y maltratados. La referida partida se compone de unos 300 hombres.»

Los cuatro carlistas que salieron al encuentro de los pasajeros de que damos cuenta, llevaban en las botinas una divisa sienta la imagen del Criador, clavado en cruz.»

CORTES.

CONGRESO.

Extracto de la sesión celebrada el día 3 de Junio de 1872.

PRESENCIA DEL SR. D. JOSÉ ROSAS.

Abierta a las dos y media, y leída el acta de la anterior, fue aprobada. Quedó publicada como ley en el Congreso la sancionada por S. M. fijando la fuerza permanente del ejército en 80.000 hombres.

El Sr. TOPETE dijo que el Gobierno iba a cumplir una palabra empeñada al Congreso, felicitándose de su anterior reserva.

Añadió que las dudas sugeridas por el indulto de Amorevieta habían sido disipadas, y que el Gobierno aprobaba la conducta del duque de la Torre.

El Sr. Presidente interino del CONSEJO DE MINISTROS (Topete): El Gobierno de S. M. tiene el honor de venir a cumplir la palabra que empeñó hace cinco ó seis días ante el Congreso de señores diputados. Teniendo en cuenta en aquella ocasión los altos deberes de su cargo, se adelantó a decir algunas frases sobre el asunto que preocupaba la atención pública, ofreciendo traer una solución tan luego como le fuese posible, y rogando entre tanto a los señores diputados que no le exigiesen más explicaciones, porque careciendo de antecedentes, no podía formar un juicio anticipado. Lejos el Gobierno de sentir el haberse encerrado en aquella reserva, se felicita de ello, porque no ha tardado mucho en poder cumplir su palabra. Las dudas que pudo suscitar en su ánimo la lectura del indulto de Amorevieta, se han desvanecido. El Gobierno ante esas dudas creyó indispensable conferenciar con el general en jefe, y a este efecto le previno que entregase el mando y se viniera a esta corte. (Pidió la palabra el señor duque de la Torre.)

Habiendo conferenciado con dicho general en jefe, oídas sus razones, el Gobierno aprueba su conducta en todas sus partes, y desde luego acepta toda la responsabilidad del indulto de Amorevieta. Hechas estas declaraciones, sólo le resta manifestar al Gobierno que así como en días anteriores se encerraba en la más completa reserva, hoy está dispuesto a contestar a cuantas preguntas quieran hacer acerca de este asunto los señores diputados, esperando después tranquilo el juicio de la Cámara y del país.

El señor duque de la Torre: Señores diputados, vengo a cumplir un deber sagrado que me impone la patria, dando explicaciones ante la Representación nacional, de los actos que como general en jefe he ejecutado en las Provincias Vascongadas y Navarra.

Cuando el Gobierno de S. M. tuvo a bien confiarle tan importante cargo, me puse en marcha inmediatamente. Al llegar anteayer a Madrid, estaba dispuesto a dar estas explicaciones. Inútil es decir que recordo el tribunal y acatará su fallo, quien tiene la conciencia de haber cumplido su deber, y aunque parezca immodesto, de haber prestado un servicio a su patria.

El Gobierno de S. M. tuvo por conveniente designarme para ese puesto, dándome los pocos medios que pudo, pero sin que yo le reclamara ninguno más. Llegué a Navarra, y sin detenerme un momento, de acuerdo con el bravo general Moriones se emprendieron las operaciones. La actividad persecución que Primo de Rivera hizo sobre la facción Rada, y la que hizo Moriones sobre la de Carasa, dió por resultado el brillante hecho de armas de Oroquieta. Las facciones navarras se dispersaron con este glorioso hecho de armas, y yo recomiendo a la consideración pública al digno general Moriones.

Inmediatamente que pude, reuní sobre las Provincias Vascongadas nuevas fuerzas que el Gobierno había tenido a bien enviarme, y ejecuté un movimiento sobre Vizcaya. Al llegar a Elorrio el primer día y dar un descanso a las tropas, me alojé por un momento en casa del Sr. Urquiza, diputado foral que había sido en Vizcaya, cinco meses, persona muy respetable en el país; y sabiendo sus antecedentes y conociendo sus opiniones carlistas, lo llamé aparte y le dije: «Sr. Urquiza, V. no puede ver con gusto la desolación de estos campos; V. no puede mirar con indiferencia una destrucción de la prosperidad en este hermoso país; es imposible que V. ame la destrucción de la tierra en que ha nacido, y V. conoce también que es absolutamente imposible el predominio del carlismo: pues bien, yo ofrezco la paz a los vizcaínos. Su hermano de V. es el diputado general que se ha sublevado; quiere V. hacerle entender que vengo en su nombre de paz, y que deseo que nos entendamos para devolver su tranquila felicidad a estos pueblos, para no devastarlos, para no destruirlos? Si fuera posible siquiera que VV. triunfaran después de grandes desastres, comprendería su empeño; pero siendo esto, como es, imposible, sostendremos la guerra civil; durará más ó menos tiempo, VV. serán vencidos, y el país será devastado.»

El Sr. Urquiza me contestó: «Antes de acometer la empresa, he sido llamado por D. Carlos, diciéndome que de lo que se trataba era de un paseo militar. Al rogarle que me dijera los medios con que contaba, me los ha manifestado, y yo no he tenido inconveniente en decirle que la mayor parte de esos medios no se realizarían; que yo, que era partidario de la causa carlista, no lo era hasta el punto de querer para mi país la guerra civil; y que yo me oponía a la empresa, y de ninguna manera tomaría parte en ella, porque era desahogada. De regreso a mi casa, hablé con mi hermano, el cual me manifestó que tenía tal compromiso, que no faltaría al año que él solo se levantara; pero puesto que conozco la seriedad y verdad de los razonamientos que V. hace, yo hablaré con mi hermano y procuraré disuadirle.»

Seguí las operaciones, y de la misma manera que en la primera combinación dieciséis las facciones navarras, en la segunda, cuando el batallón de Mendigorría tuvo ocasión de lucir su brillante valor en Oñate, rindieron las armas y las depositaron la mayor parte de las facciones guipuzcoanas. Me detuve dos días, porque apenas bastaba el tiempo para recoger armas y extender pases de presentados, emprendiendo en seguida el tercer movimiento que hemos ejecutado sobre las facciones vizcaínas. Al marchar sobre Mondragón, se me presentó el Sr. Urquiza, y me dijo: «He enviado a decir a mi hermano de lo que V. me manifestó (yo ya casi no me acordaba, lo digo ingenuamente), y me contesta que está en la sierra de Gorbear; ahora mismo voy allá; tengo mucho que andar y está diluviando; ¿ónde le encontrare a V. mañana?—En Durango,» le contesté; y nos separamos inmediatamente. Este señor marchó, y al día siguiente, se enteró con ella, y volviendo al pueblo que le había designado, me dijo: «mañana vendrá aquí la junta a hablar con V. Vi que las tropas de la división Letona estaban muy próximas a los vizcaínos y les ha dado el rec. de V., para que en vista de que nos entenderíamos suspendan sus movimientos.»

Yo di también el orden en seguida para que suspendieran el movimiento, y esperé con impaciencia todo el día a la junta; pero ésta no venía, y al día siguiente, con ánimo resuelto y sin vacilar, marché sobre Zornotza, donde llegó el Sr. Urquiza a decir que había estado muy cerca de nosotros la noche anterior; que no se había atrevido a llegar, pero que vendría al día siguiente. Los estaba esperando con la impaciencia natural de un soldado que quiere cumplir con su deber, que quiere servir lealmente al Gobierno, que quiere prestar un servicio a su patria, que quiere acabar con la guerra civil pronto, porque las guerras civiles, cuando toman cierto incremento, no se sabe cuándo concluirán; los estaba esperando, digo, con la impaciencia natural en el que no quiere para su país la plaga mayor de todas las plagas, la funestísima plaga de la guerra civil, cuando recibí un telegrama anunciándome la para mí fatal desgracia de la dimisión del Ministerio Sagasta, habiéndome de un expediente y diciéndome que Su Majestad el Rey ordenaba que me acercase a la estación más inmediata para ponerme al habla conmigo acerca de la formación de un nuevo Gabinete.

Yo di también el orden en seguida para que suspendieran el movimiento, y esperé con impaciencia todo el día a la junta; pero ésta no venía, y al día siguiente, con ánimo resuelto y sin vacilar, marché sobre Zornotza, donde llegó el Sr. Urquiza a decir que había estado muy cerca de nosotros la noche anterior; que no se había atrevido a llegar, pero que vendría al día siguiente. Los estaba esperando con la impaciencia natural de un soldado que quiere cumplir con su deber, que quiere servir lealmente al Gobierno, que quiere prestar un servicio a su patria, que quiere acabar con la guerra civil pronto, porque las guerras civiles, cuando toman cierto incremento, no se sabe cuándo concluirán; los estaba esperando, digo, con la impaciencia natural en el que no quiere para su país la plaga mayor de todas las plagas, la funestísima plaga de la guerra civil, cuando recibí un telegrama anunciándome la para mí fatal desgracia de la dimisión del Ministerio Sagasta, habiéndome de un expediente y diciéndome que Su Majestad el Rey ordenaba que me acercase a la estación más inmediata para ponerme al habla conmigo acerca de la formación de un nuevo Gabinete.

Yo di también el orden en seguida para que suspendieran el movimiento, y esperé con impaciencia todo el día a la junta; pero ésta no venía, y al día siguiente, con ánimo resuelto y sin vacilar, marché sobre Zornotza, donde llegó el Sr. Urquiza a decir que había estado muy cerca de nosotros la noche anterior; que no se había atrevido a llegar, pero que vendría al día siguiente. Los estaba esperando con la impaciencia natural de un soldado que quiere cumplir con su deber, que quiere servir lealmente al Gobierno, que quiere prestar un servicio a su patria, que quiere acabar con la guerra civil pronto, porque las guerras civiles, cuando toman cierto incremento, no se sabe cuándo concluirán; los estaba esperando, digo, con la impaciencia natural en el que no quiere para su país la plaga mayor de todas las plagas, la funestísima plaga de la guerra civil, cuando recibí un telegrama anunciándome la para mí fatal desgracia de la dimisión del Ministerio Sagasta, habiéndome de un expediente y diciéndome que Su Majestad el Rey ordenaba que me acercase a la estación más inmediata para ponerme al habla conmigo acerca de la formación de un nuevo Gabinete.

Yo di también el orden en seguida para que suspendieran el movimiento, y esperé con impaciencia todo el día a la junta; pero ésta no venía, y al día siguiente, con ánimo resuelto y sin vacilar, marché sobre Zornotza, donde llegó el Sr. Urquiza a decir que había estado muy cerca de nosotros la noche anterior; que no se había atrevido a llegar, pero que vendría al día siguiente. Los estaba esperando con la impaciencia natural de un soldado que quiere cumplir con su deber, que quiere servir lealmente al Gobierno, que quiere prestar un servicio a su patria, que quiere acabar con la guerra civil pronto, porque las guerras civiles, cuando toman cierto incremento, no se sabe cuándo concluirán; los estaba esperando, digo, con la impaciencia natural en el que no quiere para su país la plaga mayor de todas las plagas, la funestísima plaga de la guerra civil, cuando recibí un telegrama anunciándome la para mí fatal desgracia de la dimisión del Ministerio Sagasta, habiéndome de un expediente y diciéndome que Su Majestad el Rey ordenaba que me acercase a la estación más inmediata para ponerme al habla conmigo acerca de la formación de un nuevo Gabinete.

Yo di también el orden en seguida para que suspendieran el movimiento, y esperé con impaciencia todo el día a la junta; pero ésta no venía, y al día siguiente, con ánimo resuelto y sin vacilar, marché sobre Zornotza, donde llegó el Sr. Urquiza a decir que había estado muy cerca de nosotros la noche anterior; que no se había atrevido a llegar, pero que vendría al día siguiente. Los estaba esperando con la impaciencia natural de un soldado que quiere cumplir con su deber, que quiere servir lealmente al Gobierno, que quiere prestar un servicio a su patria, que quiere acabar con la guerra civil pronto, porque las guerras civiles, cuando toman cierto incremento, no se sabe cuándo concluirán; los estaba esperando, digo, con la impaciencia natural en el que no quiere para su país la plaga mayor de todas las plagas, la funestísima plaga de la guerra civil, cuando recibí un telegrama anunciándome la para mí fatal desgracia de la dimisión del Ministerio Sagasta, habiéndome de un expediente y diciéndome que Su Majestad el Rey ordenaba que me acercase a la estación más inmediata para ponerme al habla conmigo acerca de la formación de un nuevo Gabinete.

Yo di también el orden en seguida para que suspendieran el movimiento, y esperé con impaciencia todo el día a la junta; pero ésta no venía, y al día siguiente, con ánimo resuelto y sin vacilar, marché sobre Zornotza, donde llegó el Sr. Urquiza a decir que había estado muy cerca de nosotros la noche anterior; que no se había atrevido a llegar, pero que vendría al día siguiente. Los estaba esperando con la impaciencia natural de un soldado que quiere cumplir con su deber, que quiere servir lealmente al Gobierno, que quiere prestar un servicio a su patria, que quiere acabar con la guerra civil pronto, porque las guerras civiles, cuando toman cierto incremento, no se sabe cuándo concluirán; los estaba esperando, digo, con la impaciencia natural en el que no quiere para su país la plaga mayor de todas las plagas, la funestísima plaga de la guerra civil, cuando recibí un telegrama anunciándome la para mí fatal desgracia de la dimisión del Ministerio Sagasta, habiéndome de un expediente y diciéndome que Su Majestad el Rey ordenaba que me acercase a la estación más inmediata para ponerme al habla conmigo acerca de la formación de un nuevo Gabinete.

Yo di también el orden en seguida para que suspendieran el movimiento, y esperé con impaciencia todo el día a la junta; pero ésta no venía, y al día siguiente, con ánimo resuelto y sin vacilar, marché sobre Zornotza, donde llegó el Sr. Urquiza a decir que había estado muy cerca de nosotros la noche anterior; que no se había atrevido a llegar, pero que vendría al día siguiente. Los estaba esperando con la impaciencia natural de un soldado que quiere cumplir con su deber, que quiere servir lealmente al Gobierno, que quiere prestar un servicio a su patria, que quiere acabar con la guerra civil pronto, porque las guerras civiles, cuando toman cierto incremento, no se sabe cuándo concluirán; los estaba esperando, digo, con la impaciencia natural en el que no quiere para su país la plaga mayor de todas las plagas, la funestísima plaga de la guerra civil, cuando recibí un telegrama anunciándome la para mí fatal desgracia de la dimisión del Ministerio Sagasta, habiéndome de un expediente y diciéndome que Su Majestad el Rey ordenaba que me acercase a la estación más inmediata para ponerme al habla conmigo acerca de la formación de un nuevo Gabinete.

Yo di también el orden en seguida para que suspendieran el movimiento, y esperé con impaciencia todo el día a la junta; pero ésta no venía, y al día siguiente, con ánimo resuelto y sin vacilar, marché sobre Zornotza, donde llegó el Sr. Urquiza a decir que había estado muy cerca de nosotros la noche anterior; que no se había atrevido a llegar, pero que vendría al día siguiente. Los estaba esperando con la impaciencia natural de un soldado que quiere cumplir con su deber, que quiere servir lealmente al Gobierno, que quiere prestar un servicio a su patria, que quiere acabar con la guerra civil pronto, porque las guerras civiles, cuando toman cierto incremento, no se sabe cuándo concluirán; los estaba esperando, digo, con la impaciencia natural en el que no quiere para su país la plaga mayor de todas las plagas, la funestísima plaga de la guerra civil, cuando recibí un telegrama anunciándome la para mí fatal desgracia de la dimisión del Ministerio Sagasta, habiéndome de un expediente y diciéndome que Su Majestad el Rey ordenaba que me acercase a la estación más inmediata para ponerme al habla conmigo acerca de la formación de un nuevo Gabinete.

Yo di también el orden en seguida para que suspendieran el movimiento, y esperé con impaciencia todo el día a la junta; pero ésta no venía, y al día siguiente, con ánimo resuelto y sin vacilar, marché sobre Zornotza, donde llegó el Sr. Urquiza a decir que había estado muy cerca de nosotros la noche anterior; que no se había atrevido a llegar, pero que vendría al día siguiente. Los estaba esperando con la impaciencia natural de un soldado que quiere cumplir con su deber, que quiere servir lealmente al Gobierno, que quiere prestar un servicio a su patria, que quiere acabar con la guerra civil pronto, porque las guerras civiles, cuando toman cierto incremento, no se sabe cuándo concluirán; los estaba esperando, digo, con la impaciencia natural en el que no quiere para su país la plaga mayor de todas las plagas, la funestísima plaga de la guerra civil, cuando recibí un telegrama anunciándome la para mí fatal desgracia de la dimisión del Ministerio Sagasta, habiéndome de un expediente y diciéndome que Su Majestad el Rey ordenaba que me acercase a la estación más inmediata para ponerme al habla conmigo acerca de la formación de un nuevo Gabinete.

Yo di también el orden en seguida para que suspendieran el movimiento, y esperé con impaciencia todo el día a la junta; pero ésta no venía, y al día siguiente, con ánimo resuelto y sin vacilar, marché sobre Zornotza, donde llegó el Sr. Urquiza a decir que había estado muy cerca de nosotros la noche anterior; que no se había atrevido a llegar, pero que vendría al día siguiente. Los estaba esperando con la impaciencia natural de un soldado que quiere cumplir con su deber, que quiere servir lealmente al Gobierno, que quiere prestar un servicio a su patria, que quiere acabar con la guerra civil pronto, porque las guerras civiles, cuando toman cierto incremento, no se sabe cuándo concluirán; los estaba esperando, digo, con la impaciencia natural en el que no quiere para su país la plaga mayor de todas las plagas, la funestísima plaga de la guerra civil, cuando recibí un telegrama anunciándome la para mí fatal desgracia de la dimisión del Ministerio Sagasta, habiéndome de un expediente y diciéndome que Su Majestad el Rey ordenaba que me acercase a la estación más inmediata para ponerme al habla conmigo acerca de la formación de un nuevo Gabinete.

Yo di también el orden en seguida para que suspendieran el movimiento, y esperé con impaciencia todo el día a la junta; pero ésta no venía, y al día siguiente, con ánimo resuelto y sin vacilar, marché sobre Zornotza, donde llegó el Sr. Urquiza a decir que había estado muy cerca de nosotros la noche anterior; que no se había atrevido a llegar, pero que vendría al día siguiente. Los estaba esperando con la impaciencia natural de un soldado que quiere cumplir con su deber, que quiere servir lealmente al Gobierno, que quiere prestar un servicio a su patria, que quiere acabar con la guerra civil pronto, porque las guerras civiles, cuando toman cierto incremento, no se sabe cuándo concluirán; los estaba esperando, digo, con la impaciencia natural en el que no quiere para su país la plaga mayor de todas las plagas, la funestísima plaga de la guerra civil, cuando recibí un telegrama anunciándome la para mí fatal desgracia de la dimisión del Ministerio Sagasta, habiéndome de un expediente y diciéndome que Su Majestad el Rey ordenaba que me acercase a la estación más inmediata para ponerme al habla conmigo acerca de la formación de un nuevo Gabinete.

Yo di también el orden en seguida para que suspendieran el movimiento, y esperé con impaciencia todo el día a la junta; pero ésta no venía, y al día siguiente, con ánimo resuelto y sin vacilar, marché sobre Zornotza, donde llegó el Sr. Urquiza a decir que había estado muy cerca de nosotros la noche anterior; que no se había atrevido a llegar, pero que vendría al día siguiente. Los estaba esperando con la impaciencia natural de un soldado que quiere cumplir con su deber, que quiere servir lealmente al Gobierno, que quiere prestar un servicio a su patria, que quiere acabar con la guerra civil pronto, porque las guerras civiles, cuando toman cierto incremento, no se sabe cuándo concluirán; los estaba esperando, digo, con la impaciencia natural en el que no quiere para su país la plaga mayor de todas las plagas, la funestísima plaga de la guerra civil, cuando recibí un telegrama anunciándome la para mí fatal desgracia de la dimisión del Ministerio Sagasta, habiéndome de un expediente y diciéndome que Su Majestad el Rey ordenaba que me acercase a la estación más inmediata para ponerme al habla conmigo acerca de la formación de un nuevo Gabinete.

Yo di también el orden en seguida para que suspendieran el movimiento, y esperé con impaciencia todo el día a la junta; pero ésta no venía, y al día siguiente, con ánimo resuelto y sin vacilar, marché sobre Zornotza, donde llegó el Sr. Urquiza a decir que había estado muy cerca de nosotros la noche anterior; que no se había atrevido a llegar, pero que vendría al día siguiente. Los estaba esperando con la impaciencia natural de un soldado que quiere cumplir con su deber, que quiere servir lealmente al Gobierno, que quiere prestar un servicio a su patria, que quiere acabar con la guerra civil pronto, porque las guerras civiles, cuando toman cierto incremento, no se sabe cuándo concluirán; los estaba esperando, digo, con la impaciencia natural en el que no quiere para su país la plaga mayor de todas las plagas, la funestísima plaga de la guerra civil, cuando recibí un telegrama anunciándome la para mí fatal desgracia de la dimisión del Ministerio Sagasta, habiéndome de un expediente y diciéndome que Su Majestad el Rey ordenaba que me acercase a la estación más inmediata para ponerme al habla conmigo acerca de la formación de un nuevo Gabinete.

Yo di también el orden en seguida para que suspendieran el movimiento, y esperé con impaciencia todo el día a la junta; pero ésta no venía, y al día siguiente, con ánimo resuelto y sin vacilar, marché sobre Zornotza, donde llegó el Sr. Urquiza a decir que había estado muy cerca de nosotros la noche anterior; que no se había atrevido a llegar, pero que vendría al día siguiente. Los estaba esperando con la impaciencia natural de un soldado que quiere cumplir con su deber, que quiere servir lealmente al Gobierno, que quiere prestar un servicio a su patria, que quiere acabar con la guerra civil pronto, porque las guerras civiles, cuando toman cierto incremento, no se sabe cuándo concluirán; los estaba esperando, digo, con la impaciencia natural en el que no quiere para su país la plaga mayor de todas las plagas, la funestísima plaga de la guerra civil, cuando recibí un telegrama anunciándome la para mí fatal desgracia de la dimisión del Ministerio Sagasta, habiéndome de un expediente y diciéndome que Su Majestad el Rey ordenaba que me acercase a la estación más inmediata para ponerme al habla conmigo acerca de la formación de un nuevo Gabinete.

Yo di también el orden en seguida para que suspendieran el movimiento, y esperé con impaciencia todo el día a la junta; pero ésta no venía, y al día siguiente, con ánimo resuelto y sin vacilar, marché sobre Zornotza, donde llegó el Sr. Urquiza a decir que había estado muy cerca de nosotros la noche anterior; que no se había atrevido a llegar, pero que vendría al día siguiente. Los estaba esperando con la impaciencia natural de un soldado que quiere cumplir con su deber, que quiere servir lealmente al Gobierno, que quiere prestar un servicio a su patria, que quiere acabar con la guerra civil pronto, porque las guerras civiles, cuando toman cierto incremento, no se sabe cuándo concluirán; los estaba esperando, digo, con la impaciencia natural en el que no quiere para su país la plaga mayor de todas las plagas, la funestísima plaga de la guerra civil, cuando recibí un telegrama anunciándome la para mí fatal desgracia de la dimisión del Ministerio Sagasta, habiéndome de un expediente y diciéndome que Su Majestad el Rey ordenaba que me acercase a la estación más inmediata para ponerme al habla conmigo acerca de la formación de un nuevo Gabinete.

Yo di también el orden en seguida para que suspendieran el movimiento, y esperé con impaciencia todo el día a la junta; pero ésta no venía, y al día siguiente, con ánimo resuelto y sin vacilar, marché sobre Zornotza, donde llegó el Sr. Urquiza a decir que había estado muy cerca de nosotros la noche anterior; que no se había atrevido a llegar, pero que vendría al día siguiente. Los estaba esperando con la impaciencia natural de un soldado que quiere cumplir con su deber, que quiere servir lealmente al Gobierno, que quiere prestar un servicio a su patria, que quiere acabar con la guerra civil pronto, porque las guerras civiles, cuando toman cierto incremento, no se sabe cuándo concluirán; los estaba esperando, digo, con la impaciencia natural en el que no quiere para su país la plaga mayor de todas las plagas, la funestísima plaga de la guerra civil, cuando recibí un telegrama anunciándome la para mí fatal desgracia de la dimisión del Ministerio Sagasta, habiéndome de un expediente y diciéndome que Su Majestad el Rey ordenaba que me acercase a la estación más inmediata para ponerme al habla conmigo acerca de la formación de un nuevo Gabinete.

Yo di también el orden en seguida para que suspendieran el movimiento, y esperé con impaciencia todo el día a la junta; pero ésta no venía, y al día siguiente, con ánimo resuelto y sin vacilar, marché sobre Zornotza, donde llegó el Sr. Urquiza a decir que había estado muy cerca de nosotros la noche anterior; que no se había atrevido a llegar, pero que vendría al día siguiente. Los estaba esperando con la impaciencia natural de un soldado que quiere cumplir con su deber, que quiere servir lealmente al Gobierno, que quiere prestar un servicio a su patria, que quiere acabar con la guerra civil pronto, porque las guerras civiles, cuando toman cierto incremento, no se sabe cuándo concluirán; los estaba esperando, digo, con la impaciencia natural en el que no quiere para su país la plaga mayor de todas las plagas, la funestísima plaga de la guerra civil, cuando recibí un telegrama anunciándome la para mí fatal desgracia de la dimisión del Ministerio Sagasta, habiéndome de un expediente y diciéndome que Su Majestad el Rey ordenaba que me acercase a la estación más inmediata para ponerme al habla conmigo acerca de la formación de un nuevo Gabinete.

Yo di también el orden en seguida para que suspendieran el movimiento, y esperé con impaciencia todo el día a la junta; pero ésta no venía, y al día siguiente, con ánimo resuelto y sin vacilar, marché sobre Zornotza, donde llegó el Sr. Urquiza a decir que había estado muy cerca de nosotros la noche anterior; que no se había atrevido a llegar, pero que vendría al día siguiente. Los estaba esperando con la impaciencia natural de un soldado que quiere cumplir con su deber, que quiere servir lealmente al Gobierno, que quiere prestar un servicio a su patria, que quiere acabar con la guerra civil pronto, porque las guerras civiles, cuando toman cierto incremento, no se sabe cuándo concluirán; los estaba esperando, digo, con la impaciencia natural en el que no quiere para su país la plaga mayor de todas las plagas, la funestísima plaga de la guerra civil, cuando recibí un telegrama anunciándome la para mí fatal desgracia de la dimisión del Ministerio Sagasta, habiéndome de un expediente y diciéndome que Su Majestad el Rey ordenaba que me acercase a la estación más inmediata para ponerme al habla conmigo acerca de la formación de un nuevo Gabinete.

Yo di también el orden en seguida para que suspendieran el movimiento, y esperé con impaciencia todo el día a la junta; pero ésta no venía, y al día siguiente, con ánimo resuelto y sin vacilar, marché sobre Zornotza, donde llegó el Sr. Urquiza a decir que había estado muy cerca de nosotros la noche anterior; que no se había atrevido a llegar, pero que vendría al día siguiente. Los estaba esperando con la impaciencia natural de un soldado que quiere cumplir con su deber, que quiere servir lealmente al Gobierno, que quiere prestar un servicio a su patria, que quiere acabar con la guerra civil pronto, porque las guerras civiles, cuando toman cierto incremento, no se sabe cuándo concluirán; los estaba esperando, digo, con la impaciencia natural en el que no quiere para su país la plaga mayor de todas las plagas, la funestísima plaga de la guerra civil, cuando recibí un telegrama anunciándome la para mí fatal desgracia de la dimisión del Ministerio Sagasta, habiéndome de un expediente y diciéndome que Su Majestad el Rey ordenaba que me acercase a la estación más inmediata para ponerme al habla conmigo acerca de la formación de un nuevo Gabinete.

Yo di también el orden en seguida para que suspendieran el movimiento, y esperé con impaciencia todo el día a la junta; pero ésta no venía, y al día siguiente, con ánimo resuelto y sin vacilar, marché sobre Zornotza, donde llegó el Sr. Urquiza a decir que había estado muy cerca de nosotros la noche anterior; que no se había atrevido a llegar, pero que vendría al día siguiente. Los estaba esperando con la impaciencia natural de un soldado que quiere cumplir con su deber, que quiere servir lealmente al Gobierno, que quiere prestar un servicio a su patria, que quiere acabar con la guerra civil pronto, porque las guerras civiles, cuando toman cierto incremento, no se sabe cuándo concluirán; los estaba esperando, digo, con la impaciencia natural en el que no quiere para su país la plaga mayor de todas las plagas, la funestísima plaga de la guerra civil, cuando recibí un telegrama anunciándome la para mí fatal desgracia de la dimisión del Ministerio Sagasta, habiéndome de un expediente y diciéndome que Su Majestad el Rey ordenaba que me acercase a la estación más inmediata para ponerme al habla conmigo acerca de la formación de un nuevo Gabinete.

Yo di también el orden en seguida para que suspendieran el movimiento, y esperé con impaciencia todo el día a la junta; pero ésta no venía, y al día siguiente, con ánimo resuelto y sin vacilar, marché sobre Zornotza, donde llegó el Sr. Urquiza a decir que había estado muy cerca de nosotros la noche anterior; que no se había atrevido a llegar, pero que vendría al día siguiente. Los estaba esperando con la impaciencia natural de un soldado que quiere cumplir con su deber, que quiere servir lealmente al Gobierno, que quiere prestar un servicio a su patria, que quiere acabar con la guerra civil pronto, porque las guerras civiles, cuando toman cierto incremento, no se sabe cuándo concluirán; los estaba esperando, digo, con la impaciencia natural en el que no quiere para su país la plaga mayor de todas las plagas, la funestísima plaga de la guerra civil, cuando recibí un telegrama anunciándome la para mí fatal desgracia de la dimisión del Ministerio Sagasta, habiéndome de un expediente y diciéndome que Su Majestad el Rey ordenaba que me acercase a la estación más inmediata para ponerme al habla conmigo acerca de la formación de un nuevo Gabinete.

Yo di también el orden en seguida para que suspendieran el movimiento, y esperé con impaciencia todo el día a la junta; pero ésta no venía, y al día siguiente, con ánimo resuelto y sin vacilar, marché sobre Zornotza, donde llegó el Sr. Urquiza a decir que había estado muy cerca de nosotros la noche anterior; que no se había atrevido a llegar, pero que vendría al día siguiente. Los estaba esperando con la impaciencia natural de un soldado que quiere cumplir con su deber, que quiere servir lealmente al Gobierno, que quiere prestar un servicio a su patria, que quiere acabar con la guerra civil pronto, porque las guerras civiles, cuando toman cierto incremento, no se sabe cuándo concluirán; los estaba esperando, digo, con la impaciencia natural en el que no quiere para su país la plaga mayor de todas las plagas, la funestísima plaga de la guerra civil, cuando recibí un telegrama anunciándome la para mí fatal desgracia de la dimisión del Ministerio Sagasta, habiéndome de un expediente y diciéndome que Su Majestad el Rey ordenaba que me acercase a la estación más inmediata para ponerme al habla conmigo acerca de la formación de un nuevo Gabinete.

Yo di también el orden en seguida para que suspendieran el movimiento, y esperé con impaciencia todo el día a la junta; pero ésta no venía, y al día siguiente, con ánimo resuelto y sin vacilar, marché sobre Zornotza, donde llegó el Sr. Urquiza a decir que había estado muy cerca de nosotros la noche anterior; que no se había atrevido a llegar, pero que vendría al día siguiente. Los estaba esperando con la impaciencia natural de un soldado que quiere cumplir con su deber, que quiere servir lealmente al Gobierno, que quiere prestar un servicio a su patria, que quiere acabar con la guerra civil pronto, porque las guerras civiles, cuando toman cierto incremento, no se sabe cuándo concluirán; los estaba esperando, digo, con la impaciencia natural en el que no quiere para su país la plaga mayor de todas las plagas, la funestísima plaga de la guerra civil, cuando recibí un

ley y la justicia reclaman; y en cuanto al alférez, pidió ir a Filipinas.

Esto es en totalidad lo que el artículo contiene. Debo advertir que si ese batallón no hubiera sido el primero en rendirse, no se lo que hubiera sucedido, con los conflictos que se tenían y con las diferentes opiniones que había entre los carlistas. Ni un solo oficial del ejército, y siento tomar este nombre, se ha ido con los carlistas en las Provincias Vascongadas y Navarra, ni tengo noticia de que no haya sucedido lo mismo en toda España.

Están además comprendidos en la segunda parte de ese artículo unos cuantos sargentos, seis u ocho soldados y un cabo, a los cuales no se les ha indultado de toda pena, y si hubieran sido cogidos prisioneros hubieran sufrido la de ser pasados por las armas, ó a lo sumo se les hubiera conmutado esa pena por la inmediata. Pues bien; se les ha indultado, pero quedaron a disposición del Gobierno para que disponga de ellos en la forma que tenga por conveniente.

Los individuos á que me refiero son los siguientes: un sargento de las Navas, dos soldados, un cabo primero y otro segundo de Cataluña, otro soldado de otro cuerpo, y tres ó cuatro guardias civiles; siendo de notar que la mayor parte de esos individuos no han abandonado ahora sus banderas; estaban emigrados, y han entrado en España con las partidas carlistas.

Faltaría también á la justicia si no dijera que los Sres. Urquiza, Orue y los demás que componían esa junta llamada de guerra han hecho esfuerzos superiores á toda ponderación, para que todos depusieran las armas; esfuerzos tales que han podido lograr lo que no esperaba: yo no podré nunca agradecer bastante los servicios que en esta ocasión han prestado á su país y á la patria.

Yo tenía medios para batir á las facciones en todas partes; yo tenía medios de acabar con ellas en quince días; pero esas gentes, los habitantes de aquellas montañas, fuertes y robustos como son, subdivididos en pequeñas columnas, habrían dado después mucho que hacer á las tropas, las cuales no habrían destruido con facilidad á los pequeños pelotones de carlistas que hubieran podido formarse.

Yo bien sé que los propietarios de aquel país, que son los que han producido este alzamiento, tienen interés en que no quede aislado aquel país; yo bien sé que al someterse obraban tal vez estimulados por el interés sagrado de su mismo hogar; pero sé también que las últimas partidas que se hubieran formado habrían costado mucha sangre, mucho dinero y mucho tiempo.

Además, señores, yo debo decir que me he inspirado algo en la conducta de los guerreros de la antigüedad, que sabían mucho más de esto que nosotros. El Sr. Castelar, al cual tengo que dar las más expresivas gracias por las palabras benévolas que me dirigió el otro día, sabe perfectamente lo que hizo el Gran Capitán cuando trató con Gaeta. El Gran Capitán quería dejar salir libremente á algunos jefes, á los cuales querían sus segundos que se les hiciera prisioneros. Decíanle al Gran Capitán que aquellos jefes podían hacer mucho daño; pero él contestó: «En polvora, balas, se gastaría más que lo que monta ese peligro.» Y con efecto, los dejó salir libres. Tiberio estimó en más haber asegurado el imperio por la prudencia que por la espada. Agricola tuvo á gran gloria haber vencido á los britanos sin derramar la sangre de los romanos; y Escipión, el Africano, quería más conservar la sangre de sus ciudadanos que vencer á mil enemigos.

Podría hacer muchas citas de este género; pero las que he hecho bastan para probar que en todos tiempos, en todas circunstancias el vencedor ha sido magnánimo. Ha sido generoso, y que sólo con una política de prudencia, que sólo con una política de moderación, que sólo con una política de transacción, digámoslo así, es como se han consolidado los imperios, es como se han arrancado de cuajo todos los elementos de la guerra civil. Una guerra civil terminada con sangre no puede producir una paz duradera; y si yo he podido contribuir, como lo creo, á dar la paz á la patria; y si yo he podido lograrlo sin haber empleado un solo maravedí, pues esos señores, se encargan de todos los gastos, pues hasta el flete de un barco para llevar á los emigrados le han de pagar de su bolsillo; si yo he conseguido que nada venga á gravar al Gobierno español, y que el ejemplo de las partidas de Vizcaya sea seguido, como yo creo que lo será, por las de otras provincias, no habrá motivo para que se me hagan cargos de ningún género.

¿Qué se quería? ¿Qué se exterminara á esos españoles? ¿Se quería que fuésemos excesivamente severos con esos españoles más ó menos alicuidos? Pues yo digo á los que eso piensan, que la mayor parte de los insurrectos han ido á la guerra contra su voluntad, pero decididos á pelear, porque siguen siempre á sus curas y á sus señores. Es necesario modificar las costumbres, variar si se quiere la manera de ser de aquellas gentes; pero no es exterminando como se acaba una lucha de esta naturaleza.

Se dio cuenta de la siguiente proposición:

«Pedimos al Congreso se sirva declarar que, dadas las explicaciones del general en jefe del ejército del Norte, se adhiera á las palabras pronunciadas por el Gobierno de S. M. aprobando su conducta, y ve con satisfacción ahogada en su origen la guerra civil.»

Palacio del Congreso 3 de Junio de 1872. — Pedro Manuel de Acuña. — Manuel Alonso Martínez. — José María López. — José María Fernández de la Hoz. — Antonio Arístegui. — Manuel de Pinedo. — Manuel Martínez Pérez.

Apoyada esta proposición del Sr. Acuña se dio cuenta de la siguiente:

«Pedimos al Congreso se sirva declarar que no ha lugar á deliberar sobre la proposición que se le ha sometido.»

Palacio del Congreso 3 de Junio de 1872.

—Vicente Romero Giron.—José Torres Mena.—E. M. Somolinos.—Abarzuza.—J. Fiol.—F. Moreno Portela.—Manuel Fuentes Campos.

El Sr. ROMERO GIRON la defendió, y habiéndole contestado el señor ministro de Estado Sr. Ulla, fue desechada en votación nominal por 166 votos contra 51.

Leída nuevamente la proposición del señor Acuña fue tomada en consideración, y abierta discusión sobre ella la impugnó el Sr. Abarzuza.

Empieza acusando á la mayoría que á presencia del duque de la Torre le alaba, y en su ausencia le critica ágramente.

Alaba la conducta de clemencia para con los facciosos, atacando duramente al Ministerio presidido por el Sr. Sagasta, diciendo entre otras cosas, que si hubiera tenido esa conducta con el partido progresista, no tendría que arrepentirse del 22 de Junio; que en Madrid se efectúa la prisión de un diputado por supuestos delitos de imprenta, mientras se da un indulto á carlistas levantados en armas.

Dice que el indulto representa la mano del duque de la Torre, y la prisión de los diputados la del Sr. Sagasta.

Como se sonriese el Sr. Sagasta al pronunciar el orador las anteriores palabras, dice que su risa es la censura del general Serrano.

Y termina su discurso con las siguientes palabras:

«Y ya que el señor duque de la Torre nos ha traído al fin de su discurso algunas citas de la antigüedad, entre otras la de Tiberio, que no es buena cita, porque su tiempo fue tiempo de decadencia en Roma, fué como si dijéramos el tiempo del señor Sagasta en España, yo, que al oír á S. S. recordaba también un cuadro de la antigüedad, voy también á presentarlo á la consideración del Congreso. Presenta Plutarco á un celebrador general romano que después de haber tratado con Aníbal un canje de prisioneros, convino en que los que faltaran se rescataran dando una suma de dinero. Aquel pacto produjo gran descontento en Roma; se habló mucho contra él, y el general, al llegar á la ciudad, marchó desde luego á la Asamblea popular y allí dirigió un discurso al pueblo: todos, amigos y enemigos, le dieron al ver su actitud energía, un voto de confianza; los que habían sido más languerones fueron los más sumisos, y no sólo aceptaron el canje de prisioneros, sino que le concedieron la suma necesaria para rescatar á los que no podían canjearse. Hoy el señor duque de la Torre me recordaba aquel general. Amigos y enemigos de la mayoría, los que ayer le disciplaban y los que le dirigían ágras censuras, se prestan á darle un voto de confianza; y como S. S. no pide dinero para acabar la guerra, también á la sombra de S. S. se votará el crédito supletorio del señor Sagasta para cubrir un famoso y desgraciado asunto. No sólo se aprobará el convenio de Amorevieta, sino también el expediente de los dos millones.»

El Sr. Ortiz de Pinedo ruega á las oposiciones, que, en vista de los razonamientos del Sr. Abarzuza, voten el voto de confianza.

El Sr. PI Y MARGALL: Señores diputados, el Sr. Ortiz de Pinedo, tomando en cuenta las palabras que ha pronunciado el Sr. Abarzuza, cree que debemos votar la proposición. Yo no lo creo así. Nosotros podemos aplaudir la clemencia del señor duque de la Torre; pero podemos y debemos también censurar su conducta.

Ese convenio, señores, es muy grave, no precisamente por el indulto, ni por el reconocimiento de grados, ni por las faltas de legalidad que encierra, sino porque se ha reconocido que las Provincias Vascongadas todas estaban por D. Carlos. ¿Qué otra cosa quiere decir, si no, que de las exacciones no tratan los insurrectos, sino las mismas Provincias Vascongadas?

Pero, ¿qué carácter tiene este indulto? ¿Es un indulto parcial? Pues ha debido oírse con arreglo á las leyes, á los tribunales que hubieran juzgado á los reos; ó en un caso como este, por lo menos al Consejo de Estado. ¿Es un indulto general? Pues debieron darle las Cortes. No habiendo oído ni á las Cortes ni al Consejo de Estado, se ha faltado escandalosamente á la ley. He aquí por qué nosotros no podemos dar este voto de confianza al general Serrano.

El señor duque de la Torre: Habiendo pedido la palabra el Sr. Alonso Martínez y el Sr. López Domínguez, voy á dirigir muy pocas palabras para rectificar algún concepto del Sr. Pi y Margall.

En primer lugar, el documento es un indulto: empiezo diciendo que perdono á aquellos delinquentes, y si he tratado con ellos ha sido por venir á términos de avenencia; pero ha sido un perdón, un indulto, lo que se les ha concedido.

La alocución del Sr. Arguinzoniz me era conocida; creo que lo que dice del ejército carlista es hiperbólico; pero al publicar esa alocución en un punto como Madrid, que no estaba en estado de guerra, ha usado de su derecho y de la libertad de imprenta.

Por lo demás, yo creo haber hecho un grandísimo daño á los carlistas con el convenio de Amorevieta. ¿Sabe el Sr. Pi y Margall lo que dice el conde de Valdespina al conde de Villafraña de Gaitán acerca de ese convenio? Pues le decía que era el mayor descalabro que hace muchos años había sufrido su causa.

El Sr. BECERRA: Señor Presidente, pido que se lean los artículos 1.º y 2.º del convenio de Amorevieta, y los artículos 70, 73 y párrafo quinto del 74 de la Constitución del Estado. (Se leyeron.)

El Sr. PRE-IDENTE: Están para concluir las horas de Reglamento. Como el Congreso está abocado á debates interesantes y urgentes, creo interpretar su sentimiento mandando hacer la pregunta de si se prorogará la sesión.

Hecha la pregunta, el Congreso acordó afirmativamente.

El Sr. PRESIDENTE: Tiene la palabra el señor Sagasta para una alusión personal.

El Sr. SAGASTA: Yo siento que nuestros compañeros los republicanos, á quienes estimo, á pesar de todo, den motivo para reír á los carlistas; porque cuando los car-

listas hayan oído al Sr. Abarzuza y al señor Pi y Margall, ¿cómo se habrán reído de sus señorías? ¿Quién ignora, señores, que ese partido tenaz no ha renunciado nunca á sus planes de conspiración y de levantamiento? ¿Quién no sabe que el año pasado no hicieron su sublevación por la disidencia que estalló entre los carlistas nuevos y los cabreristas? ¿Quién no sabe que los que se llaman cabreristas continuaron haciendo sus trabajos y preparando la sublevación para realizarla en aquel mismo año ó en el presente?

Pues qué, ¿han ocultado acaso sus trabajos, señores? ¡Si los han hecho á la luz del día, si han celebrado dentro y fuera de España sus juntas de armamento, si han levantado empréstitos, si han hecho todo lo necesario para realizar una sublevación! Sus mismos diarios lo anunciaban á cada paso; y por si esto no bastase, lo reveló también un documento notable en que el titulado Pretendiente reclamaba ante la Europa la honra de mandar la vanguardia del ejército carlista. Pero los republicanos se han propuesto culpar al Gobierno, se han empeñado en achacarlo todo al Ministerio anterior, y con especialidad á su presidente, atribuyendo ese movimiento á violencias y arbitrariedades.

¡Violencias y arbitrariedades! ¿Cuándo? ¿cómo? ¿en qué sentido? Todo el mundo sabe cómo venía preparándose la conspiración carlista, que el Gobierno seguía paso á paso, y con tanto mayor dolor cuanto que la veía fomentada por un sentimiento religioso mal entendido. Sin embargo, fácil fue al Gobierno destruir muchos elementos en varias provincias de España; pero ¡ah! que esos contados medios, bastantes, como digo, en muchas provincias, no eran suficientes en las Provincias Vascongadas y Navarra, por su proximidad á la frontera, por la aspeza de su suelo y por el fanatismo de la inmensa mayoría de aquellos habitantes, y porque el Gobierno, ni allí ni en otras partes, podía echar mano de medidas preventivas, ni salir de ciertos limitados recursos.

Gracias, sin embargo, á las disposiciones del Gobierno, que empleó para adoptar una parte de esos dos millones á que tanto aludís, pudieron destruirse ciertos elementos con que ahora contaban los carlistas y con que no siempre han contado; porque es menester que se tenga entendido que no ha sido esa sola la conspiración que se ha destruido en su origen.

Pero ya que estoy de pie, diré también muy breves palabras respecto del asunto que nos ocupa. Lo que en el hay que examinar es, primero, si el general en jefe tenía facultades de indulto, y después si dadas esas facultades ha obrado como convenia á los altos intereses del país. Para mí no ofrece duda el primero de estos dos puntos; no puede siquiera discurrir que el general en jefe de un ejército en guerra tiene derecho para el indulto, sin que su conducta nada tenga que ver poco ni mucho con los indultos de que habla la Constitución del Estado.

Venamos al segundo punto. Dadas esas facultades, ¿se han empleado ahora como exigían los intereses del país?

Cuando el Gobierno vió cómo empezaba la insurrección, y las pocas fuerzas de que disponía para reprimirla, pensó, como ya he dicho, en el señor duque de la Torre, que, aun conociendo lo poco que podía ganar y lo mucho que podía perder, no vaciló en ponerse al frente de tropas cuyo número apenas correspondía al mando de un brigadier. Quien de esta manera se condujo, quien obra después como lo ha hecho el duque de la Torre, no merece más que respeto y gratitud de sus conciudadanos, como respeto y admiración merece el indulto de Amorevieta, acto que acaso repugnaria á sus impulsos militares, pero que fué sin duda inspirado por el sentimiento de que lo firmaba un general español y que españoles eran también los combatientes.

¡Basta ya! Un país no puede vivir con una sublevación cada año, y cuantas energías medidas adopte el Gobierno están sobradamente justificadas.

El Sr. ABRARZUZA: Dice el Sr. Sagasta que el partido carlista tenía el proyecto concebido de rebelarse; yo creo que tenía este proyecto desde el momento que votó á S. S. para Presidente de la Cámara.

La arbitrariedad de S. S. ha hecho que crezca el partido absolutista. Es cierto: su exagerado fanatismo los mueve; pero yo respetaría más el fanatismo religioso que vuestro excepticismo monárquico; y lo repito, no me extraña que los fanáticos se muestren más propensos á creer en la infalibilidad del Papa que en la infalibilidad del rey.

El Sr. PRESIDENTE: Usis está rectificando, y no puedo permitir alusiones atentatorias á la dignidad real.

El Sr. ABRARZUZA: Sr. Presidente, yo respetaría más la infalibilidad del Papa que la del rey.

El Sr. PRESIDENTE: Puede V. S. respetar todas las infalibilidades que quiera, pero no atacar á la dignidad real. (Momentos de confusión.)

El Sr. PRESIDENTE: Señor diputado, respete usis al Presidente. Llamo á V. S. por primera vez al orden.

El Sr. ABRARZUZA: No puedo decir nada, es verdad; pero puedo decir que si fuera monarquía respetaría más al nieto de Carlos V que al nieto de Carlos II Ferrer.

Los Sres. Pi y Margall y Sagasta rectifican.

El Sr. ALONSO MARTINEZ: Es necesario, señores, preocuparnos contra las preocupaciones de una escuela que exagerando unas veces la extensión de los derechos individuales, y discutiendo otras cuáles son las atribuciones del general en campaña, imposibilita la administración del país ó compromete la independencia del territorio.

Hay tres estados que es menester distinguir, con arreglo á nuestra legislación: el estado de paz, el de guerra, y un estado intermedio en que impera la ley de orden público, después de votada la suspensión de la Constitución.

En el primer estado, el de paz, el general en jefe tiene facultades de indulto, y en el segundo, el de guerra, no las tiene.

tución es el Código de paz, no el de la guerra ni el del estado intermedio.

En el estado de paz rigen la Constitución y los derechos individuales; entonces no se puede indultar sino por el Rey; en el estado intermedio puede haber indulto para generalidad de los rebeldes, pero no se puede indultar á los jefes y oficiales; más en el estado de guerra, cuando la ley de orden público y la Constitución del Estado no rigen ya, cuando hay una invasión extranjera, ó cuando un partido poderoso en España suscita una guerra civil, la cuestión es de fuerza; no hay más que la ley de la necesidad, y el general en jefe tiene facultades omnímodas.

No hace mucho hemos presenciado una lucha formidable entre la primera Nación de la raza latina y la primera Nación de la raza germanica; imagináos la situación del general Bazine, teniendo 200.000 franceses á su cargo. ¿Podría esperar en tal situación á que los poderes públicos del país discutieran las condiciones con que se había de aceptar la paz? Eso es absurdo; el derecho de la guerra no está escrito en ninguna Constitución; en tales casos no rige más que el derecho de gentes.

Por consiguiente, señores, quien se equivocaba era el juriconsulto, y el que acertaba era el que siendo muy diestro en el arte de la guerra, no tenía una gran competencia en las cuestiones legales.

La Constitución del Estado dice que «al Rey incumbe declarar la paz ó la guerra,» por más que después haya de darse cuenta á las Cortes.

¿Qué es, pues, lo que hace un general en jefe cuando concede indulto al enemigo? Pues no hace más que concertar la paz interior; es una manera de restablecer el orden público en el país. Si no aceptáramos esta explicación, vendríamos á parar á las consecuencias más absurdas.

Un general en jefe, por ejemplo, necesita echar abajo algunas cosas que estorban á sus batallas. ¿Qué sería necesario según vosotros? Que se suspendieran las operaciones militares y se instruyera un expediente de expropiación por causa de utilidad pública. ¿Es esto admisible, señores diputados? Pues tened en cuenta que si hoy admitís esa doctrina porque se trata de una lucha interior, tendréis que aceptarla mañana tratándose de una guerra extranjera, porque la Constitución no establece diferencia alguna. No digo más. Parece evidente que el general en jefe podrá haber hecho un uso más ó menos prudente de las facultades que tenía, pero no ha cometido infracción ni de la Constitución ni de la ley de orden público.

Aunque he pedido la palabra con este propósito, voy á decir sin embargo algunas cosas sobre el art. 3.º del bando. Yo creo que ese artículo no hizo más que respetar el statu quo establecido por la ley de 1839, según la cual ofreció la Nación respetar los fueros de las Provincias Vascongadas, sea va la unidad nacional, pues bien, el general en jefe no ha alterado esa ley de 1839, que ordenaba también que se procediera al arreglo de los fueros. Por consiguiente, yo creo que el art. 3.º del convenio no coarta en lo más mínimo las facultades del Gobierno para resolver todas las cuestiones existentes y que puedan suscitarse en lo sucesivo, como las ha resuelto desde 1839 hasta ahora.

Por no abusar de la benevolencia de la Cámara, no contesto á algunas indicaciones que ha hecho el Sr. Pi y Margall acerca de las Monarquías hereditarias. Viniendo á la guerra civil de los siete años, y á la que ahora se ha producido, pareceme que el Sr. Pi daba más importancia á las cuestiones dinásticas de la que en él tenían realmente. ¿Cree S. S. que en los campos de Vergara se terminó una guerra que había tenido por objeto solamente una cuestión dinástica? No; en aquella guerra civil se ventiló una cuestión de principios entre el absolutismo y la libertad; y en la insurrección de ahora ha habido una multitud de causas que todos los señores diputados conocen.

En primer lugar, ha habido una interinidad que ha favorecido las aspiraciones de los partidos, y además hay una causa cuya importancia no es posible desconocer, y consiste en que gran parte del clero está enfrente de las instituciones actuales. Esa hostilidad ha crecido desde que un ministro de Gracia y Justicia leyó un proyecto que se llamó de arreglo del clero. Más tarde, hasta se ha explotado una Real orden que era una consecuencia de la ley de matrimonio civil, y que ha servido al clero para excitar á las masas. Pues qué, ¿no se puede explicar una insurrección por esas causas? Cuando á pobres campesinos se les dice por aquellos cuya voz oye con más respeto: «Vuestros hijos son bastardos, vuestras esposas son barraganas,» ¿qué mucho que aconsejados por su fanatismo y creyendo que cumplen con un deber, se lancen al campo á defender, como ellos dicen, á su Dios? Cuando se sabe dónde está el mal, lo que debe hacerse es poner el remedio. No se trata de sacrificar las libertades públicas; se trata de respetar intereses, ideas y principios tan dignos de respeto como la misma libertad.

No digo más, atendido lo avanzado de la hora, por no molestar más tiempo la atención de la Cámara.

Terciaron también en el debate los señores López Domínguez y Becerra, aquel en pró y éste en contra de la proposición que se discutía, la cual votada nominalmente quedó aprobada por 140 votos contra 22. Levantándose la sesión á las nueve de la noche.

SECCION DE NOTICIAS.

La Gaceta de hoy publica el convenio consular entre España y Alemania, celebrado en Madrid el 12 de Enero del año actual.

El domingo ingresaron en el depósito municipal de Valladolid 14 presos carlistas procedentes de la partida carlista de Piña de Esqueva.

Asilo dice el Norte de Castilla.

El Tradicional de Valencia ha sido suspendido de orden de la autoridad. En su defecto ha empezado á publicarse El Recolector, cuyo primer número hemos recibido hoy.

En Zaragoza se decía ayer que el batallón de Extremadura de guarnición en esta plaza, iba á salir para Cataluña.

Procedentes de Navarra, han llegado á Zaragoza más prisioneros carlistas.

Al entrar D. Carlos en España, se atribuyen á Rada las siguientes frases: «Si no le matan ó le cogen prisionero, antes de cuatro días está de vuelta emigrado en Francia.»

En Francia preocupa vivamente la visita de los príncipes de Italia á Berlín.

El cardenal Antonelli ha pasado una circular á los Gobiernos europeos declarando que S. S. no acogerá en ningún caso el nombramiento de eclesiásticos como representantes diplomáticos.

El cuerpo de ingenieros militares ha recibido orden de organizar una brigada telegráfica de campaña á imitación de las que existen en el ejército prusiano y que tan buenos servicios han prestado durante las últimas guerras.

La creación de esta brigada es un adelanto altamente útil para nuestro ejército.

Agua Circasiana.—De la Revolucao de Setembro, periódico que se publica en Lisboa, copiamos lo siguiente respecto del agua Circasiana: «No hay descubierta más notable para la conservación y belleza de los cabellos como la del agua Circasiana, no solo restituye á los cabellos blancos su color primitivo, sino que es la única para hacer desaparecer la caspa y evitar la caída del cabello.»

ULTIMA HORA.

CONGRESO.

Abre la sesión el Presidente Sr. Rios Rosas á las dos y cinco minutos.

Leída el acta de la anterior, es aprobada.

Varios señores diputados piden la palabra, pidiendo conste su voto con el de la mayoría en la votación de ayer, relativa á la proposición sobre la conducta del general Serrano.

El Sr. Sorni pregunta si es cierto que han sido pasados por las armas nueve soldados pasados á los carlistas.

El señor ministro de la Gobernación contesta que no ha habido más que un fusilamiento.

A petición del Sr. Sorni, se leyeron algunos artículos de la Constitución.

El Sr. Boet pregunta al Gobierno qué medidas piensa tomar acerca de la exhibición de un proyecto de monumento levantado en los Campos Eliseos de París á favor de la insurrección cubana, y que considera atentatorio á la honra de España.

El señor ministro de la Gobernación dice, que pondrá la pregunta en conocimiento del ministro de Estado, y que el Gobierno hará las debidas reclamaciones siempre que coe este que el Gobierno francés consiente de una manera oficial en la exhibición de dicho proyecto de monumento.

A la hora de cerrar este alcance, continuaba en el uso de la palabra el señor Ministro.

SANTO DE MAÑANA.

San Bonifacio, ob. y mr.

ESPECTACULOS.

834 Circo de Madrid.—Yone.

9 Circo.—A beneficio de la sociedad de la beneficencia domiciliaria de la parroquia de San Sebastian, El hombre de mundo.

9 Alhambra.—El querer y el rascar.—Dos habladores.—El Camaleón.—Baile.

834 Martín.—La leyenda del diablo.

812 Salón Estava.—Las cajas de cerillas.—Dos amos para un criado.—Beethoven.—Pescar y cazar.

812 Capellanes.—Un papá universal.—Un viaje al centro de la tierra.—La mujer eléctrica.—Un viaje al centro de la tierra.—Baile.

9 Price.—Extraordinaria función de ejercicios equestres y gimnásticos, en la que toman parte los dos indios Rajar y Samjo, y los principales artistas de la compañía.

SECCION DE ANUNCIOS.

PILDORAS Y UNGÜENTO HOLLOWAY.

PILDORAS HOLLOWAY.



Estas Píldoras son universalmente consideradas como el medio más eficaz que se conoce en el mundo. Todas las enfermedades que provienen de un mismo origen, a saber, la impureza de la sangre, a la cual es el manantial de la vida. Dicha impureza es prontamente neutralizada con el uso de las Píldoras Holloway, que, limpiando el estómago y los intestinos, producen, por medio de sus propiedades balsámicas, una purificación completa de la sangre, dan tono y energía a los nervios y los músculos, y fortifican la organización entera.

Las Píldoras Holloway sobresalen entre todas las medicinas por su eficacia para regularizar la digestión. Ejerciendo una acción en extremo salutar en el hígado y los riñones, ellas ordenan las secreciones, fortifican el sistema nervioso, y dan vigor al cuerpo humano en general. Aun las personas más robustas pueden valerle, sin temor, de las virtudes fortificantes de estas Píldoras, con tal que, al emplearlas, se atiendan cuidadosamente a las instrucciones contenidas en los opúsculos impresos en que va envuelta cada caja del medicamento.

UNGUENTO HOLLOWAY.

La ciencia de la medicina no ha producido, hasta aquí, remedio alguno que pueda compararse con el maravilloso Ungüento Holloway, el cual posee propiedades asimilativas tan extraordinarias que, desde el momento en que penetra la sangre, forma parte de ella: circulando con el fluido vital, expulsa toda partícula morbosa, refrigera y limpia todas las partes enfermas, y sana las llagas y úlceras de todo género. Este famoso Ungüento es un curativo infalible para la escrófula, los cánceres, los tumores, los males de piernas, la rigidez de las articulaciones, el reumatismo, la gota, la neuralgia, el tic-doloso, y la parálisis.

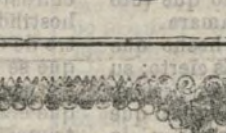
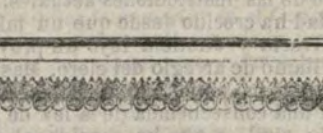
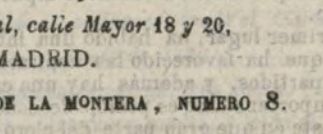
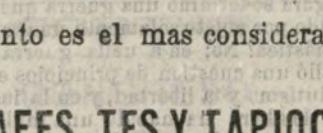
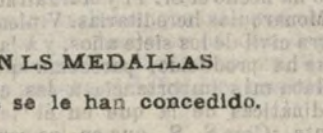
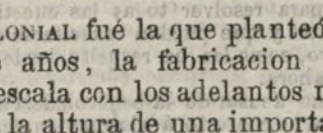
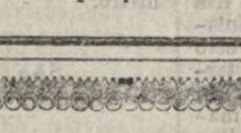
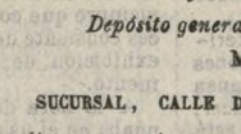
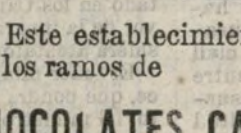
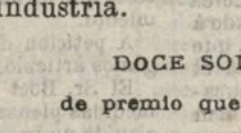
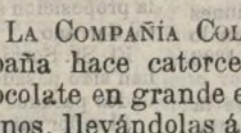
Cada caja de Píldoras y bote de Ungüento vienen acompañados de amplias instrucciones en español, redactadas al modo de usar los medicamentos. Los remedios se venden en cajas y botes, por todos los principales boticarios del mundo entero, y por su propietario, el **Fuorioso Holloway**, en su establecimiento central, 244, Struam, Londres.

CHOCOLATES DE MADRID.

FABRICA MODELO

DE LA COMPAÑIA COLONIAL.

FUNDADA EN EL AÑO DE 1854.



LA COMPAÑIA COLONIAL fué la que planteó en España hace catorce años, la fabricación del chocolate en grande escala con los adelantos modernos, llevándolas a la altura de una importante industria.

DOCE SON LAS MEDALLAS

de premio que se le han concedido.

Este establecimiento es el mas considerable en los ramos de

CHOCOLATES, CAFES, TES Y TAPIOCA.

Depósito general, calle Mayor 18 y 20, MADRID.

SUCURSAL, CALLE DE LA MONTERA, NUMERO 8.

Se remiten prospectos.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

Este periódico en el poco tiempo que cuenta de existencia ha logrado captarse las simpatías del público ilustrado, pues en él aparecen siempre las primeras firmas de España, tanto en la parte literaria como en la artística.

A quien desee conocerlo se le remite por vía de muestra un número gratis. Dirigirse a la administración, Carretas, 12, principal, Madrid.

En provincias se suscribe en las principales librerías y establecimientos corresponsales de *La Moda Elegante Ilustrada*.

VERDADERO CACHOU DI BOLOGNA.

por demás superior para fumadores.

Este producto, muy apreciado por la alta sociedad europea, comunica al aliento un perfume agradable y es hoy día indispensable a todas las personas que fuman.

Precio en España, 3 rs. caja.—En París, M. JACQUET DE MAY, 12, rue de St. Péres.—En Madrid, por mayor, Agencia franco española, Sordo, 31.—Por menor, sus depositarios de Madrid y provincias. 328.

REVISTA DE ARCHIVOS, BIBLIOTECAS Y MUSEOS.

Redaccion y Administración, Abada 21, tercero, derecha.

Esta Revista quincenal que ve la luz pública desde Enero de 1871, publica trabajos originales de Diplomática, Bibliografía, Arqueología y Numismática; documentos históricos inéditos, preguntas y respuestas sobre estas materias; anuncios de compra y venta de libros, monedas y objetos antiguos, etc. De también grabados cuando lo exige el texto.

Precios de suscripción: Madrid, tres meses, 6 rs., Provincias y Portugal, 8 rs. trimestre, un año, 28 rs., Extranjero y Ultramar, un año, 80 reales. 414.

REBAJA

Se acaba de recibir la lista de rebaja para hacer dientes desde uno hasta la dentadura completa, y a pesar del grande descuento que se ha hecho para complacer a su número de clientes. Doña Polonia Sanz no altera de sus precios.

Dientes, desde 20 a. 120
Dentaduras, desde 500 a. 2000
Limpiar la boca. 20
Empastar desde 8 a. 20
Orificar, desde 30 a. 60
Extracción de muela, diente o raigón. 8
Arenal, S. principal, Po. 349

PRESTAMOS sobre alhajas, papel del Estado, fincas, etc., en el Monte de Piedad. — arrendamiento y reservas al mayor número 13, entresuelo, Madrid. Los préstamos de alhajas se hacen por un año. — Venta de alhajas y joyas de oro a precios fijos y baratos. — Mensualmente se imprimen los precios de las alhajas que se venden y se da gratis en el momento. — Los relojes se venden garantizados, para lo cual, la casa, además de su contribución, se inscribe en el gremio de comerciantes de relojes. — No se compran, venden ni se empeñan alhajas de doble, plaqué, ni piedras falsas, ni solo de oro, plata y piedras finas. — Se compran y cambian alhajas. — Se compran toda clase de papeles de empeño de alhajas, cartas de pago de la Caja de Depósitos, apólicas del Estado, libranzas del Giro y carpetas de cupones. — Se hacen tasaciones de empeño en el momento separadas de la de venta.

JARABE DE JOHNSON

diurético, antilogístico y calmante.

Este jarabe, cuya reputación en tan grande como antigua, se emplea merced a sus propiedades eminentemente diuréticas contra las enfermedades del corazón de los riñones y de la vejiga. Por sus propiedades antilogísticas, cura las inflamaciones del pecho y de las articulaciones, los reumatismos locales y los generales.

La Academia imperial de medicina (antes real) lo aprobó en su sesión del 2 de Abril de 1833. Dirigirse los pedidos: En París, a Leon Gustin y Compañía, rue Drout, en Madrid a la Agencia franco-española, Sordo, 31; por menor, Sres. Borrell hermano, Moreno Miquel, Escolar, Sanchez Ocaña y Ortega. 235

ANUNCIO. Tesoro de la vista y su conservación hasta la vejez. Tratamiento especial de las enfermedades de los ojos, con los medios de evitarlos y de combaterlos con bien éxito, cuando se padecen; por don Francisco Dalman, oculista óptico, miembro laureado de la Academia nacional de París. Este libro, interesante a toda clase de personas, se remite a quien lo pida, dirigiéndose al Sr. Dalman, oculista óptico, Rambla frente al Liceo, número 9, Barcelona. — Precio 2 reales.

NOTA. El Sr. Dalman, es así mismo Director y Propietario de los talleres de construcción de instrumentos científicos físicos y matemáticos para los colegios e institutos de enseñanza de la capital del Principado, de instrumentos de presión para máquinas de vapor, hidráulicas y ferro-carriles, de telegrafía eléctrica, y de inducción, de para rayos, y otros pertenecientes a las ciencias y artes. Se remiten prospectos con los precios corrientes. 871

AGUA CIRCASIANA

Usada por todas las familias reales y toda la nobleza de Europa. Aprobada por los médicos más eminentes y por toda la imprenta extranjera.

LA AGUA CIRCASIANA restituye a los cabellos blancos su primitivo color, desde el rubio claro hasta el negro azabache, sin causar el menor daño a la piel. No es una tintura; y en su composición no entra materia alguna nociva a la salud; hace desaparecer en tres días la caspa por inveterada que esté: evita la caída del cabello, y vuelve la fuerza y el vigor juvenil a los tubos capilares.

Más de 100.000 certificados prueban la excelencia de la Agua Circasiana cuyo uso reemplaza hoy en todos los países los otros preparados y tinturas tan dañosas para el cabello.

Precio del frasco 4 pesetas, frascos conteniendo el doble siete pesetas y media.

Todos los frascos van en magníficas cajas de cartón acompañadas de un prospecto con la marca y firma de los únicos depositarios.

HERRINGOS etc C.
LISBOA.
Vendese en la Botica de los señores Borrell hermanos, Puerta del Sol, núm. 5.

SASTRERIA FRANCESA.

Casa de confección de prendas para vestir con elegancia y economía corte especial tanto en lo barato como en lo superior.

Calle del Carmen número 6, Madrid.

Se hacen trajes completos de lanilla novedad desde 120 rs. en adelante.
Sacos y chaqués de id. 80 id. id.
Casacas y americanas id. 60 id. id.
Pantalones id. 36 id. id.
Chalecos id. 16 id. id.
Levitass y chaqués de paño negro 160 id. id.
Trajes de bonitos driles ingleses 60 id. id.

NOTA. Hay un bonito y variado surtido, tanto en lanillas como en driles y demás géneros para la presente estación.

Las prendas se entregan, en casos urgentes, a las doce horas de tomada medida. 403

TINTURA DE ARNICA.

Preparada por Moreno Miquel segun la fórmula que usan los religiosos del gran San Bernardo en los Alpes.

Esta preparación, conocida ya de todo el mundo, como un remedio milagroso en los casos de herida de arma blanca o de fuego, contusiones, cardenales, dolores, torceduras, etc., etc., era ya conocida desde muy antiguo, como igualmente la planta y sus preparados, pues cuenta la historia que los Templarios la llevaban en la Pailestina como único remedio. Bastaba el uso de este medicamento para la curación de todas sus heridas, picaduras de insectos venenosos y demás enfermedades. Por nuestra parte la aconsejamos a todas las familias y personas que tengan que viajar, y con más razón si llevan niños.

Hay frascos de cuatro tamaños a los precios de 4, 8, 16 y 24 reales, acompañando a cada uno de ellos una instrucción con el método de usarla, á una cuenta relación de algunas maravillosas curaciones que se han obtenido con el uso de esta tintura, preparada en el laboratorio del Sr. Moreno Miquel.

GUIA MEDICA DEL MATRIMONIO

6 instrucciones para asegurar su objeto moral. Acompañada de direcciones personales de importancia vital, dedicadas a los casados y solteros de ambos sexos, por el médico consultor

DR. J. L. CURTIS.

Traducida al castellano por Dr. G. A. Cuerva. Un tomo en 8.º de 200 páginas, OCHO REALES.

POR EL MISMO AUTOR.

DE LA VIRILIDAD

DE LAS CAUSAS DE SU DECADENCIA PREMATURA

6 instrucciones para obtener su completo restablecimiento; ensayo médico, dedicado a los que padecen de resultados de sus excesos, de hábitos solitarios o del contagio; seguido de observaciones sobre la espermatorrea, la impotencia, la esterilidad, etc.; el tratamiento de la Sífilis, de la Gonorrea y de la Blenorragia; cura del contagio sin mercurio y su prevención usando la receta del autor. (SU INFALIBLE LOCION.)

Un tomo en 8.º con 16 láminas, estampadas con tinta de color, al precio de DOCE REALES en Barcelona y CATORCE fuera, franco de porte.

Vendense estas obras en Londres, domicilio del autor 15, ALBEMARLE ST. PICADILLY.

Barcelona, en casa de su editor Salvador Manero, Plaza del Teatro, 7 y Ronda 128, a donde pueden dirigirse los pedidos acompañados de su importe.

España y América, los corresponsales de la casa.

Los enfermos pueden dirigirse por correspondencia al doctor Curtis, para consultarle, remitiéndole el honorario de 100 rs. vellón en sellos de Correos.

Consultas en cualquier idioma. Madrid: en las principales librerías. 411

PAPEL WLINSI

El inmenso éxito de este remedio es debido a sus propiedades constantemente probadas; a su acción pronta e infalible, que atrae a exterior la irritación, cuya tendencia es fijarse en los órganos vitales. Recomendando los principales médicos para la curación de los reumas, bronquitis, afecciones de la garganta, gripe, reumatismo, lumbago, dolores, etc., etc. Su empleo no exige ningún régimen; una ó dos aplicaciones bastan las mas veces, y solo causan una ligera comezon. Precio de la caja 8 rs. — Depósito en París, J. Wilsin, 23, rue Cassette. La Agencia franco-española en Madrid, 31, calle del Sordo, sirve los pedidos. — Por menor, Sres. Moreno Miquel, Borrell hermanos, Sanchez Ocaña, Escolar y Rodriguez Hernandez. 284.

ESENCIA DE ZARZAPARRILLA DE COLBERT

de la farmacia Colbert.

DEPURATIVO POR EXCELENCIA para la curación de el virus procedentes de antiguas enfermedades y empleado por los más célebres médicos para el tratamiento de todas las afecciones de la piel, herpes, granos, etc.

Venta por mayor en Madrid, Agencia franco-española, 31; por menor a 24 rs. Sres. Borrell, hermanos, Escolar, Moreno Miquel, Sanchez Ocaña y Ortega. 310.

AVISO IMPORTANTE.

Manuel Cebrian, legítimo y único dueño del antiguo establecimiento de vinos en la Puzos de Herradores, hoy de Serrano, número 10, perteneciente a sus actuales y antiguos parroquianos, que, no obstante haber variado de representante, continuará expendiendo a su numerosa clientela los mejores vinos de su propia cosecha, como también el superior de Valdepeñas a 28 reales arroba y el de su propiedad a 24 llevado a las casas, y a los establecimientos que hagan consumo de esta casa por pellejos a 20 reales arroba. 400